

indignado el ayuda de cámara.—¿No sabremos nosotros desacreditarle?

—¡Pues ya se ve!—dijo á su vez la señorita Desideria, que presidía la reunión.—¡No faltaba más sino que el aldeanillo pudiese más que todos nosotros!

—¡Si al menos fuera francés!—añadió el cocinero—pero un chiquillo extranjero, yo no sé cómo ha podido hacerle gracia al señor.

—Toma, pues por lo mismo que es extranjero le hace gracia—dijo Desideria;—todos sabemos que el señor tiene un entendimiento más romo que esta mesa.

—Es verdad—dijeron en coro los criados.

—Pues bien, por eso le parece que ese chiquillo vale un mundo.

—¡Y lo que es la hermosura no hay que negársela!

—En fin—dijo el mayordomo para acallar con su parecer todas aquellas hablillas que no conducían á nada;—dejemos por ahora rodar la bola;—pero si vemos que el chiquillo se sale demasiado de su puesto, no hemos de tolerar, después de veinte años que llevamos en la casa, que nos venga á imponer la ley y á quitarnos nuestras utilidades; ya le arreglaremos.

Después de esta sentencia cada uno se separó para ir á su cuarto á esperar al duque y al objeto de sus inquietudes, de sus recelos y de sus

amenazas, que no tardó en llegar triunfante y satisfecho con su protector.

## VII

Volvamos á la pobre aldea de Aragón donde nació Mateo y donde quedaron sus padres y su hermana después de su partida.

San Juan de Mozarrifal, es, no sólo una de las más pequeñas aldeas de Aragón, donde hay muchas aldeas pequeñas, sino una de las más pequeñas del mundo, puesto que se compone de diez y ocho ó veinte casitas diseminadas en un prado verde y hermoso.

Sin embargo, ¡cuánta caridad, cuán religiosos sentimientos se atesoraban en aquel pobre recinto, en aquel valle humilde y solitario.

Sus habitantes nunca habían tenido más ambición que la del pan diario y la de una buena salud; allí habían nacido y se habían casado los padres de Calabaza y de su esposa Bárbara; á la sombra de los grandes árboles del cementerio dormían el eterno sueño; allí habían nacido ellos y allí se habían unido con los sagrados lazos del matrimonio.

Jamás había pasado por la mente de Bárbara, ni por la de su marido, el dejar su aldea; en ella pensaban morir como habían muerto sus padres, y á su lado reposar hasta el día de la resurrección.

UNIVERSIDAD NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1040. 1025 MONTERREY, MEXICO

surrección; pero desde que su hijo les había abandonado con tan negra ingratitud, sus almas volaban á Francia, como dos aves hambrientas y enjauladas quieren volar á un fértil y lejano campo.

Ocho años habían pasado desde el día en que aquel hijo tan amado y tan poco digno de serlo había dejado aquellos campos que le habían visto nacer; y ni un solo día, en tan largo espacio de tiempo, habían dejado sus padres de pedir al cielo que conservase su vida hasta dejárseles volver á ver.

Era al anochecer de un tibio día de Mayo cuando Bárbara y su marido se hallaban sentados en su reducido huertecillo.

Bárbara había envejecido de un modo increíble; del todo encorvada, sus escasos cabellos blancos hacían mayor la palidez y demacración de su tostado rostro; vestía tan miserablemente, que daba pena el ver cómo se habrían podido componer y recoser aquellos harapos.

Cerca de ella, y sentado junto á una zanja del huertecillo, se hallaba el pobre Calabaza, tan aviejado como su mujer, y cuya expresión doliente daba pena.

A través de las abiertas ventanillas que daban luz á la cocina, donde vimos reunida á la familia la tarde que se marchó Mateo con el duque, se veía luz y se oía cantar á una voz dulce y

contenida, como si la persona que cantaba no se atreviese á hacerlo con la franqueza de la alegría.

El huertecillo era tan pequeño, que no había en él más que dos ó tres árboles frutales, un cuadrado de verduras, dos parras y algunas flores que Calabaza cuidaba para divertir á su hija.

Bárbara hacía ya mucho rato que miraba una planta que había nacido sobre el borde de la tapia del huerto; era un hermoso alelí cargado de flores amarillas como el oro, y que elevaba lleno de orgullo su pomposa cimera, que la brisa mecía blandamente, esparciendo sus suaves perfumes.

De vez en cuando la mirada de Bárbara se bajaba sobre otra planta, situada cabalmente debajo de aquélla, y que hacía ya muchos años se hallaba pegada á la tapia misma del jardín.

Cuando la pobre mujer miraba á la planta del huerto, era con tristeza; era ya tan vieja aquella mata de alelíos, que apenas tenía hojas; sus flores estaban marchitas y como descoloridas; sin embargo, su perfume era mucho más suave y penetrante que el que exhalaba el joven arbusto de la tapia.

Si la planta del huertecillo inspiraba tristeza á Bárbara, cuando alzaba sus ojos á la que crecía en lo alto de la tapia sus facciones expresaban su profundo dolor, ó más bien una amarga

desesperación; ya sabéis, lectores míos, que aquella mujer tan buena, tan amante, tan santa, era violenta en sus afectos y debía serlo también en sus resentimientos.

Mucho rato hacía ya que duraba el silencio entre los dos esposos; Calabaza no pensaba en nada, según su costumbre; el pobre hombre estaba aviejado materialmente por el excesivo y penoso trabajo á que tenía que entregarse y por los malos alimentos, que no podemos decir que le mantenían, sino que le impedían morir de hambre; pero Bárbara, ¡ay! Bárbara era mucho más digna de compasión que él.

Además de los padecimientos de su marido, tenía ella otros más amargos; los tormentos de su imaginación incansable y los recuerdos punzadores de aquel hijo que en vano trataba de olvidar.

Absorta en su dolorosa contemplación, y, ora mirando á lo alto de la tapia, ora al suelo, ni decía nada, ni pensaba siquiera en que vivía, transportada como estaba al mundo de los recuerdos.

—Mujer—dijo Calabaza de repente y como saliendo de un profundo sueño—es tarde, ¿vamos á cenar?

—¡Ah, pobre Mariano!—exclamó Bárbara volviéndose hacia su marido.—¿Tienes hambre, verdad? No lo extraño, porque hoy sólo pude

darte un poco de pan negro para que te llevaras al campo.

—Es verdad; y cuando llegué á casa ya no podía más—contestó el pobre hombre con voz débil.

—Anda, anda, pues, á cenar; Plácida te dará hoy patatas y muchas, porque lavé todo el día para el ama del señor cura, y ya sabes que paga bien.

—Pero, ¿no vienes tú?—preguntó Calabaza, que ya se había levantado.

—Yo no tengo gana.

—Pero, mujer, eso dices siempre y te vas quedando flaca como una caña—dijo Calabaza;—vamos ven, aunque sea sin gana, y viéndonos á la niña y á mí tal vez te animarás.

—¡Déjame aquí, Mariano!—respondió Bárbara volviendo á fijar sus ojos con obstinación en la planta vieja y marchita.

—Pero mujer, ¿qué hay en ese sitio del huerto que cada noche pasas en él dos ó tres horas?—preguntó Calabaza.

—¿Qué hay?—repitió su mujer.—¡Miral!

Al decir estas palabras, le señaló el alelí viejo y sin hojas que se inclinaba hacia la tierra, como si buscara en ella su lecho de descanso.

—¿Qué he de mirar?—preguntó cándidamente Calabaza.

—Esa planta—dijo Bárbara con tristeza.

—Ya la veo: la planté yo hace lo menos nueve años.

—¿Luego es vieja?

—Sí.

—¿Ves esa otra que ha nacido en lo alto de la tapia?—preguntó Bárbara.

—Sí, esa es joven: nació la primavera pasada.

—¿De qué modo? Porque ahí no la sembrarías tú.

—Yo no; el aire debió de llevar algún grano de simiente de esta de aquí, y cayó ahí, y ahí nació.

—De modo, Mariano, que ese alelí joven es hijo de este otro pobre viejo que tú sembrastes.

—Sí.

—Mira, pues, á lo que vengo aquí todas las tardes: vengo á mirar estas dos plantas.

—¿Para qué?

—Porque tú, lo mismo que ese viejo alelí, has dado la vida á otra planta joven que es nuestro hijo; tú vas ya encorvándote hacia la tierra, y él, que se ve más alto, ni aun se acuerda de ti.

—¡Ay, Dios! Tú, Bárbara, te vas quitando la vida con esos pensamientos tan tristes. ¿Qué tienen que ver esas flores con nosotros y con nuestro hijo?

—¡Todo me trae á la memoria al hijo de mis entrañas—gimió la pobre madre con acento so-

focado.—¡Ay, Mariano!—continuó enjugándose el llanto con el revés de su mísero delantal.—¡Tú eres dichoso por dos cosas!

—¿Yo dichoso, mujer?

—¡Ay, sí! ¡Dichoso porque eres hombre! ¡Dichoso, además, porque eres un alma sin hiel y sin pecado.

—¿Qué he de hacer? ¡También me acuerdo sin cesar de ese ingrato hijo!

—¡No le acuses!—exclamó Bárbara con exaltación.—¡Ocho años hace que se fué, y nada, nada hemos sabido de él! ¿Quién sabe si estará malo? ¿Quién sabe si habrá muerto? ¿Quién sabe si habrá á su lado quien le ame y le consuele? ¡Si al fin supiéramos que es dichoso, mas que nos olvidasel!

—¡Mujer, por Dios, que te estás matando!

—¿Qué me importa morir?—repuso Bárbara.—¡Con gusto diera lo que me resta que vivir por volver á ver una vez, una sola, á mi hijo!

—¿Qué sería de tu hija y de mí si tu murieras?—dijo Calabaza, que rompió á llorar á lágrima viva.

—¡Ah, sí! ¡Tienes razón! ¡Qué sería de vosotros, pobres infelices!—exclamó aquella generosa mujer, abrazando á su marido con toda la efusión de su alma.

Después continuó con voz triste:

—Oye, Mariano; tú que tienes un

inocente como el de una paloma, no puedes comprender lo que yo siento; parece á veces que tengo sed en el corazón; ¿y sabes lo que es esto? Sed del cariño de mi hijo, de aquel hijo que se parecía á mí, y que me hubiera sabido querer como yo le quería; porque tú, mi pobre Mariano, me quieres cuanto puedes querer; nuestra hija también, pero yo os quiero seis veces á cada uno de vosotros como lo que vosotros me queréis á mí.

—Yo no te entiendo, mujer—dijo Mariano atónito de oír á su mujer, y sin poder comprender, en su nulidad, aquella exaltación.

—Bien, vete á cenar, Mariano—dijo Bárbara con profundo desaliento—tú no me entiendes, es verdad; pero no lo extraño, porque sé que sólo Dios puede entenderme y curarme.

—Pero, mujer, ven; ámate.

—No puedo ahora; no quiero comer nada; luego iré.

Calabaza, que era incapaz de contradecir á su mujer, se levantó y salió del jardín, entrando en seguida en la cocina.

Era ésta, según pudimos ver más arriba, muy pequeña, pero estaba brillante de limpieza; el vidriado parecía nuevo; los bancos de madera, encerados, relucían al resplandor de la llama; delante del hogar había una mesita muy baja, cubierta con un paño blanquísimo, y sobre él

tres platos y tres tenedores de madera, un gran pan moreno y una botella con un poco de vino.

Pero lo más lindo, lo más fresco, lo más encantador que había allí era la hada que había obrado todas aquellas maravillas.

Era Plácida, aquella niña que dejamos de cuatro años y que en el día tenía ya catorce.

Parcían sus cabellos más rubios y sus ojos más azules que cuando la conocimos; su estatura era ya mediana, pero delgada como el junco que crece á orillitas del arroyo; blanca, rosada, ligera, parecía, en efecto, la plácida y risueña imagen de la adolescencia:

Vestía pobre, pero no miserablemente, porque su madre, con aquella santa abnegación que era en ella como una segunda naturaleza, se privaba en favor de su hija de todo cuanto podía alcanzar.

Vestía Plácida una falda corta de indiana de ramitos, un jubón, de indiana también, de color claro, un pañuelo de muselina blanca, que hacía resaltar la gracia virginal de su garganta y seno, medias de algodón azul y zapatos en buen uso de cordobán negro.

Su hermosa y espesa cabellera rubia estaba plegada en gruesas trenzas, que se enroscaban detrás de su cabeza, después de dejar descubiertas su frente y sienes.

La pobre niña, que hubiera sido alegre si la

felicidad hubiera habitado en su pobre casa, no era más que apacible como su nombre; veía padecer tanto á su madre, que se hubiera acusado como de un crimen de su alegría.

Apenas cantaba, y cuando lo hacía era siempre á media voz, temerosa de incomodar á Bárbara.

Aquella noche, en tanto que dispuso la cena, había estado más contenta que de costumbre; sabía que su pobre padre se había ido casi en ayunas al campo, y se sentía dichosa con poderle ofrecer una abundante cena.

Ella también tenía apetito; todo su alimento había consistido en una poca de leche y un pedazo de pan, y á los diez y seis años no hacen los pesares callar el estómago.

Plácida, pues, se había esmerado en aderezar bien la cena, y hasta pensaba que también su madre comería algo más que de costumbre; pero al ver entrar á su padre en la cocina con un aspecto tan abatido, su pobre corazoncito tembló en el fondo de su pecho, como el ave tiembla en su nido en una helada noche de invierno.

—¿Qué pasa, padre?—preguntó con angustia la pobre niña.

—¡Ay, hija mía, que tu madre llora hoy y está más triste que nunca!—respondió Mariano.

—¡Válgame Dios! ¿Es eso posible? ¿Puede aun estar más triste que otras veces?

—¡Sí, hija, sí, yo creo que se va volviendo loca!

—¡Oh, Dios mío!

—Hoy dice que tiene sed en el corazón, ¡y qué sé yo... algunas cosas que yo no entiendo!

—¿Dice que tiene sed de corazón, padre?—preguntó Plácida, que había estado oyendo con mucha atención á Calabaza.

—Sí, hija mía, eso dice.

—¡Pues, padre, entonces yo sé quien puede curar á mi pobre madre!—exclamó alegre la niña.

—¿Qué dices, hija, que puede curarse tu madre? ¿Pero de qué, si no tiene otro mal que tristeza?

—No importa, padre; también la tristeza se cura, como dice el señor vicario.

—¿El señor vicario?

—Oiga usted, padre, mientras que va cenando—dijo Plácida, poniendo sobre la mesilla un enorme plato de patatas, sobre las cuales campeaban algunos diminutos pedazos de tocino.

El pobre hombre, que estaba hambriento, se puso á comer con afán, y Plácida continuó así:

—El domingo pasado me fuí yo á la iglesia, por la tarde; mi madre había estado por la mañana y luego se quedó en casa; cuando entré, estaba la iglesia tan iluminada y hermosa que daba gloria verla; el señor cura, subido en el

púlpito, predicaba, y yo me senté en el pie de un confesonario de enfrente para verle y oírle mejor; allí mismo estaba la sacristana, y me dijo: —Escucha bien, hija mía, que el señor vicario está predicando sobre las obras de misericordia.

Yo—continuó la niña—escuché con todos mis cinco sentidos; ya sabe usted, padre, que el señor cura tiene una cara tan agradable y llena de bondad, que causa placer el mirársela.

—Ya se ve que sí—dijo Calabaza, haciendo una pausa en su comida;—en vida de mi madre regentaba ya esta parroquia, y me acuerdo de haberle oído decir, que, ó no había santos en el mundo, ó que el señor cura era uno de ellos.

—Pues más cara de santo aún que otros días tenía el domingo, padre—continuó Plácida;—cuando yo entré en la iglesia empezó á explicar la tercera obra de misericordia, que es *dar de beber al sediento*: ¿y sabe usted lo que decía?

—¿Qué decía?

—Que no se cumple con esta obra dando sólo agua verdadera al que tiene sed de ella; que el corazón y el alma tienen también su sed, y que todo buen cristiano debe satisfacer la sed de sus prójimos.

—Pero, hija, ¿cómo se ha de satisfacer esa sed?

—Ya lo explicó el señor cura: al afligido, dándole consuelos, se le alivia la sed del alma; y puesto que el señor cura decía eso, yo creo que,

consolando á mi pobre madre, se le quitaría la sed del corazón que padece.

—¡Pero si todo cuanto le decimos es en vano!

—Es verdad, padre; pero eso consiste en que nosotros no sabemos consolarla.

—Es cierto.

—Si supiéramos decirle las hermosas palabras que yo oí al señor cura, ya vería usted cómo se consolaba.

—Pero no sabemos.

—Es cierto, y por eso es menester hacer que la consuele el señor cura.

—¿De qué modo?

—Yo iré ahora mismo á buscarle.

—¿Tú?

—Sí, señor; el mismo señor cura me tiene dicho que es obligación de una buena hija el cuidar y consolar á sus padres; y puesto que ni usted ni yo sabemos, voy á buscar al señor cura, que lo hará.

—Pero, ¿querrá venir?

—¿Pues no ha de querer, señor?

—Pero si ya es muy tarde; cuando yo volvía á casa le hallé que volvía él también, á pie, de Montañana.

—Y eso ¿qué importa?

—Que estará muy cansado.

—Nunca lo está el señor cura para hacer bien; ea, hasta luego, padre.

Y Plácida, ligera como un ave, salió de la cocina para ir en busca del digno vicario de la aldea.

### VIII

Ya se levantaba la luna sobre un trono de estrellas en el azul del firmamento cuando Plácida salió de su casa para dirigirse á la del cura.

Las flores de Mayo, que esmaltaban los campos, esparcían sus perfumes en alas de la brisa y saturaban la atmósfera de deliciosos aromas.

¿No os agradan, mis jóvenes lectores, las noches de Mayo?

¿No habéis visto durante ellas qué luminoso azul ostenta el cielo y cómo brillan las tímidas estrellas? En esas noches se diría que el cielo llama al alma como á una hija desterrada.

La oración acude á los labios y parece que en sus alas quisiera remontarse nuestro espíritu hasta los pies del trono del Señor.

¡Oh, mis queridos jóvenes, medita alguna vez, durante las calladas noches de Mayo, y veréis cómo se purifican vuestras almas y qué ternura y cuán grande gratitud sentís hacia nuestro Padre celestial y hacia su divina Madre! Si alguna vez mirásemos al cielo, él nos daría fuerza y valor para caminar por los oscuros caminos de la vida.

Cuando Plácida salió al campo, porque la aldea no tenía calles, sintió un bienestar indecible en su corazón; parecióle, además, que caía de su frente como un peso enorme y que tenía más libre la facultad de pensar.

Jamás se han unido en una criatura dotes más angelicales: dulce é inocente, era vehemente su modo de sentir y aun más su modo de amar, y hubiera dado toda su vida á trueque de traer á su madre á aquel hijo tan llorado, á aquel ingrato hermano.

Plácida cruzó ligeramente el corto espacio que separaba su casa de la del cura, y cerca ya de ésta vió sentado, junto al único balconcillo de la fachada, al mismo vicario, que disfrutaba de la belleza de aquella noche.

La casa del pastor de la aldea, situada junto á la iglesia, era muy pequeña; el piso del patio tenía la cocina lo mismo que las de los labradores; junto á la cocina, el cuarto de Antonio, guapo mozo de veinte años y sobrino del señor cura; luego, por una escalera pequeña, se subía al piso superior, donde estaban situadas las habitaciones del señor cura y de su hermana, la señora Pepa, madre de Antonio y excelente mujer en toda la extensión de la palabra.

Era la señora Pepa delgada como su hermano, y de alguna menor edad que él; su estatura pequeña, pero muy derecha, estaba velada por un